

tió la mano fué el Almirante, y sacó el garbanzo señalado con la cruz, y así cayó la suerte sobre él, y desde luego se tuvo por obligado á cumplir el romeraje. Acordó que otra vez se tornase á echar la suerte para enviar romero á Sancta María de Loreto, que está en la comarca de Antona, que es casa devotísima de Nuestra Señora Sancta María, y donde hace, según se cuenta, muchos y grandes milagros; esta vez cupo la suerte á un marinero del Puerto de Sancta María, tres leguas de San Lúcas de Barrameda, y aquel se llamaba Pedro de Villa, al cual el Almirante prometió de darle dineros para las costas; y, porque la tormenta mas los affigia y amenazaba, ordenó que se echase otro romero, que velase una noche en Sancta Clara de Moguer y hiciese decir una misa, porque tambien aquella es casa donde los marineros, del Condado especialmente, tienen devoción. Echaron los garbanzos y uno señalado con una cruz, el cual sacó el Almirante, y así quedó por dos veces obligado á ir á cumplir las dichas romerías.

Después desto, fatigándolos más el miedo y angustia de la mar, el Almirante y toda la gente hicieron voto, de que si los llegase á tierra, en la primera salir todos en camisa y procesion, á hacer oracion y darle gracias en una Iglesia que fuese de la invocacion ó nombre de Nuestra Señora, la Virgen María; y porque la tormenta crecía, y ninguno pensaba escapar, allende los votos comunes, cada uno hacia en especial su voto, según la devoción que Dios le infundía. Ayudaba al momento del peligro y temor, que venia el navio con falta de lastre, que es la piedra y peso que ponen abajo porque no se trastorne, y ande, como calabaza, liviano, y esta es una cosa para los que navegan muy peligrosa; causó esta liviandad, en parte, haberse aliviado la carga por ser ya comidos los bastimentos y bebida el agua y el vino, lo cual, por codicia de gozar del próspero viento que entre las islas tuvieron, no proveyó el Almirante de mandar lastrar ó echar peso de piedra en las carabelas, como tenía propósito cuando estaba cerca ó en paraje de las islas de las mujeres, donde quería ir, como arriba se hizo mencion.

En este paso escribe el Almirante cosas, cierto, de compasion, por las angustias en que estaba; refiere las causas que le ponían temor de que allí, Nuestra Señora no quisiese que pereciese, y otras que le daban esperanza de que Dios lo había de

llevar y poner en salvo, para que tales nuevas, y tan dignas de admiracion como llevaba á los Reyes, no pereciesen en aquella mar. Parecía que el deseo grande que tenía de llevar nuevas tan nuevas y tan grandes, y mostrar que había salido verdadero en lo que había dicho, y proferido á descubrir, le ponía miedo grandísimo de lo no conseguir, y que cada mosquito, decía, que le podía perturbar é impedir, atribuyéndolo esto á su poca fé y desfallecimiento de confianza de la Providencia divina; confortábale, por otra parte, las mercedes que Dios le había hecho en darle tanta victoria descubriendo lo que descubierto había, y cumpliéndole todos sus deseos, habiendo pasado en Castilla por sus despachos muchas y grandes adversidades, y que como ántes hobiese puesto su fin, y enderezado su intencion y su negocio á Dios, Dios le había oído, y al cabo concedido todo lo que le había suplicado, debía creer que, por su bondad, le perfeccionaria los bienes y mercedes que le había comenzado; mayormente habiéndole librado á la ida, cuando tenía mayor razon de temer, de los trabajos que con los marineros y gente que llevaba, los cuales todos á una vez estaban determinados de se volver y alzarse contra él, haciéndole mil protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos, y otras cosas de mucha maravilla que Dios había mostrado en él y por él en aquel viaje, allende aquellas que Sus Altezas sabían de las personas de su casa.

Todas estas son sus palabras, del Almirante, aunque algunas, con su estilo simple y humilde, que dan testimonio de su bondad; así que, acúsase á sí mismo de temer la tormenta, pues tantas razones tenían para confiar, pero la flaqueza y congoja, dice él, no le dejaban asegurar el ánimo. Dice más, que tambien le daba gran pena á dos hijos que tenía en Córdoba, al estudio, que quedaban huérfanos de padre y madre en tierra extraña, y los Reyes no sabían los servicios que los había hecho en aquel viaje, y las nuevas tan prósperas que les llevaba, para que se moviesen á los remediar. Por esto y porque supiesen Sus Altezas como Nuestro Señor le había dado victoria de todo lo que deseaba descubrir de las Indias y supiesen que ninguna tormenta había en aquellas partes (lo cual dice que se puede cognoscer por la hierba y árboles que están nacidos y crecidos hasta dentro en la mar), y porque si se per-

diese con aquella tormenta, los Reyes hobiesen noticias de su viaje, usó de la siguiente industria. Tomó un pergamino y escribió en él todo cuanto pudo de lo que había hallado y descubierto, rogando mucho á quien lo hallase, que lo llevase á los Reyes de Castilla; este pergamino envolvió en un paño cerrado, atado muy bien, y mandó traer un gran barril de madera, y lo puso en él sin que alguna persona supiese lo que era, sino que pensaron todos que era alguna devoción, y así lo mandó echar en el mar; después con los aguaceros y turbionadas, se mudó el viento al oeste, y andaría á popa, solo con el trinquete, cinco horas con la mar muy brava; andaría este juéves en la noche, 13 leguas.

Cosa es de notar la diferencia del viaje que á la venida destas Indias hizo ser tan suave, que pensaron todos que nunca podía haber tormenta en aquesta mar, y algunos temían que no habían de tener vientos para tornar en Castilla; no lo dijo ni experimentó así el Almirante cuando en su cuarto viaje descubrió á Veragua, como, si Dios me diese vida, se dirá, porque de las más terribles tormentas que se cree haber en todas las mares del mundo, son las que por estas mares destas islas y tierra firme suele hacer, como parecerá, y experimentan cada día los que las navegan. Maravillosas, finalmente, son las cosas de Dios y la orden y la providencia que tiene en sus obras; cierto, si las tormentas que suele hacer por acá, aquel primer viaje hobieran y experimentáran aquellos tan impacientes marineros que consigo traía, ménos sufrirían la dilacion de aquel tan nuevo y luengo viaje como les hizo, y, á la primera que les asomara, no hubiera duda, sino que luego volvieran las espaldas, y entonces tuviera mayor peligro el Almirante en su vida, si portara á detenerlos; pero proveyólo Dios, como suele, las cosas que hacer determina, y trájolos hasta descubrir y ver estas tierras, como si vinieran por un río.

#### CAPITULO LXX.

\*Llega el Almirante á la isla de Sancta María, una de las de los Azores.—De cómo es recibido por los habitantes.

Viérnes, salido el sol, 15 de Febrero, vieron tierra por delante, á la parte del leonordeste, y, como suele cada día acaecer

entre los marineros, que por maravilla en la cuenta de las leguas y en el cognoscer las tierras concuerdan, unos decían que era la isla de la Madera, otros, que era la roca de Sintra, en Portugal, junto á Lisboa; pero el Almirante, á quien Dios había puesto en este viaje por guía, se hallaba estar con las islas de los Azores, y creía ser aquella tierra una dellas, como fué verdad, puesto que los pilotos ya navegaban por la tierra de Castilla. Estarian cinco leguas de la tierra que vian; esta, en verdad, era la isla de Sancta María, que es una de las de los Azores. Andaba la mar siempre altísima, y el Almirante y todos con su angustia, dando muchos bordos, que son vueltas de una parte á otra, que no se hace sin grandes trabajos y peligros cuando la mar es tormentosa, y esto hacia por alcanzar alguna parte de la tierra, que ya se cognosca ser isla. Salido el sol, sábado, tomó la vuelta del Sur por llegarse á ella, porque, por la gran niebla y cerrazon, ya no la vian; luego se les descubrió por popa otra isla, de la cual estarian ocho leguas.

Anduvo todo este día trabajando de la misma manera, no pudiendo tomar tierra por el demasiado viento que les hacia; al decir de la Salve, que acostumbraban los marineros cada noche decir la por su devoción, luego, después de anochecido, vieron algunos lumbré en la tierra, pero toda esta noche anduvieron barloventando sobre la isla; en esta noche reposó algo el Almirante, porque desde el miércoles, ni había dormido ni podido dormir, y este es el mayor de los trabajos que tienen los buenos pilotos, y que llevan á su cargo regir los navíos. Quedaba muy tollido de las piernas por estar siempre desabrigado, al agua y al frío, ayudaba á esto, por el poco comer, la poca substancia que en los miembros tenía. Anduvo todo el domingo, y, á la noche, llegó á la isla, puesto que, por la gran escuridad, no pudo cognoscer qué isla fuese; andó rodeando para ver donde, para tomar agua y leña, surgiria, y al fin surgió con una ancla, que luego perdió, por la mar grande y las peñas que había, que le fué muy penoso sobre las muchas penas que tenía. Tornó á dar la vela y barloventar toda la noche, y después del sol salido, lúnes, 18 de Febrero, surgió otra vez de la parte del Norte de la isla, y envió la barca á tierra y hobieron habla con la gente de la tierra, y allí supieron ser la isla de Sancta María, y enseñáronles el puerto donde había de poner la carabela. Dijo la gente de la

tierra, que se maravillaban cómo podían haber escapado, según la tormenta que debían de haber padecido, que jamás otra tan grande habían por allí sentido.

Dice aquí el Almirante, que aquellos de la isla mostraban grande alegría, y daban gracias á Dios por el descubrimiento del Almirante que había hecho destas Indias, pero, en la verdad, todo era fingido, como parecerá en el siguiente capítulo. Aquí se cognoscíó como el Almirante había venido y carteadó más cierto en la cuenta de su viaje que todos los que traía consigo, y esto era porque le velaba mejor que todos ellos, que es el punto principal que los pilotos han de mirar para dar buena cuenta de sí, conviene á saber, no dormir, como fué dicho; aunque fingió el Almirante haber andado más camino del que había andado, por desatinar á los pilotos y marineros que cartearan, y quedar él por más cierto de aquella navegacion y derrota, como quedaba, y con razon, porque ninguno trajo su camino cierto. En todas estas cosas, el Almirante daba continuo muchas gracias á Dios.

#### CAPITULO LXXI.

\*Conducta reprehensible de Juan de Castañeda, Capitan de la isla.—Aprehende á traicion parte de la gente del Almirante.—Reclamacion de éste.

Aquí es de considerar, que como el Rey D. Juan de Portugal no tuvo en nada el descubrimiento y ofertas que el Almirante al principio le ofreció, y pasaron las cosas que arriba en los capítulos 28 y 29 se dijeron, y vido que al fin los Reyes de Castilla lo admitieron y despacharon, dando todo favor y navíos y lo demás que para hacer el viaje convino, y estaba el dicho Rey D. Juan ya informado y avisado del camino ó derrotas que el Almirante había de hacer, por la relacion que él mismo, cuando esto trató con él, le hizo, y considerando que á la vuelta podía y había de venir forzadamente, ó por la Guinea, ó por las islas de Cabo Verde, ó por la de la Madera, ó por alguna de las de aquellas islas de los Azóres, parece que debía de haber mandado en todas las partes y lugares que él por este mar Océano tenía, que cada y cuando por alguno dellos el Almirante volviese, lo prendiesen y se lo enviasen preso á Portugal, ó como cosa semejante, porque, según parece, no osaran

hacer lo que hicieron los de aquella isla, si el Rey no se lo hobiera así mandado, teniendo el Rey y reino de Portugal paces asentadas con Castilla. Así que, este lunes, después del sol puesto, vinieron á la costa ó playa de la mar tres hombres, y capearon ó llamaron á la carabela como que querían haber habla con ellos; el Almirante mandó ir la barca en tierra y recibirlos en ella, los cuales trajeron un presente de refresco, especialmente gallinas y pan fresco, que enviaba el Capitan de la isla al Almirante, que se llamaba Juan de Castañeda, encomendándose mucho y diciendo que le cognoscía muy bien, y que por ser de noche no venía á verlo, pero que en amaneciendo le venía á visitar con más refresco, y traeria tres hombres que de la barca la primera vez habían quedado, porque, por el gran placer de oírles contar las cosas de su viaje, no los había enviado. El Almirante hizo mucha honra á los tres mensajeros, y mandóles dar camas aquella noche en la carabela, porque era tarde y estaba lejos la poblacion; y porque el jueves pasado, cuando se vido en la angustia de la gran tormenta, hicieron el voto y votos de susodichos, entre los cuales fué el voto de que, en la primera tierra donde hobiese casa de Nuestra Señora saliesen en camisa, etc., acordó el Almirante que la mitad de la gente de la carabela fuese á cumplirlo á una casita que estaba junto con la mar, como ermita, porque, después de aquellos vueltos, saliese él, con la otra mitad de la gente, á hacer lo mismo.

Luego, martes, de mañana, 19 de Febrero, y día de Carnestolendas, vió el Almirante ser tierra segura, confiando en las ofertas del Capitan y en la paz que había entre Portugal y Castilla, envió la mitad de la gente á tierra, y rogó á los tres portugueses que fuesen á la poblacion y les trujesen un clérigo para que les dijese misa, los cuales salidos, iban todos en camisa en cumplimiento de su romería; y estando en la ermita en su oracion, saltó con ellos todo el pueblo, dellos á caballo y dellos á pié, con el dicho su Capitan, y á todos los prendieron. Después, estando el Almirante sin sospecha esperando la barca para salir él en tierra, para cumplir su promesa, con la otra parte de la gente, hasta las once horas del día, vió que no venían comenzó á sospechar, ó que los detenían, ó que la barca era quebrada, ó perdida, porque toda la isla es cercada de altas peñas; esto no podía ver el Almirante, porque la

ermita estaba detrás de una punta ó cerro que entra dentro en la mar, y encubre los navíos, ó la ermita dellos. Mandó levantar el ancla y dió la vela hasta en derecho de la ermita, y vido muchos de caballo, que se apearon y entraron en la barca con armas, y vinieron á la carabela para prender al Almirante; levantóse el Capitan de los portugueses en la barca, y pidió seguro al Almirante, dijo el Almirante que se lo daba, pero qué innovacion era aquella, que no via ninguno de su gente en la barca? y añadió el Almirante, que subiese y entrase en la carabela, porque él haria todo lo que él quisiese.

Pretendia el Almirante con buenas palabras atraerlo á que entrase en la carabela por prenderlo, para recuperar su gente, no creyendo que violaba la fe dándole seguro, pues, habiéndole él ofrecido paz y seguridad, lo había quebrantado. El Capitan portugués, como había hecho la maldad y venia con mal propósito y peor intencion, no osó poner su persona en aquel peligro. Después vido el Almirante que no se llegaba á la carabela, rogó que le dijese por qué le detenía por fuerza su gente, habiéndole dado palabra de tanta seguridad, y teniendo los Reyes asentadas paces entre sus reinos, Portugal y Castilla, de lo cual el rey de Portugal recibiria enojo, pues en la tierra de los reyes de Castilla recibian los portugueses todo buen tratamiento, y conversaban y trataban seguros como en su tierra, y que los reyes de Castilla le habían dado cartas de recomendacion para todos los Príncipes y señores, y naciones del mundo, las cuales le mostraria si quisiese llegar más á la carabela, y que él era Almirante, de los dichos señores Reyes, del mar Océano y Visorey de las Indias que él venia de descubrir, que ya eran de Sus Altezas, de todo lo cual le mostraria las provisiones firmadas de sus nombres, con sus manos y selladas con sus reales sellos, las cuales le mostró desde la carabela; y que los Reyes estaban en mucha paz y amistad con el rey de Portugal, y que le habían mandado en sus instrucciones, que donde quier que hallase navíos de Portugal les hiciese todo el placer, honra y buena compañía que pudiese, pero que, dado que él no le quisiese restituir su gente, no por eso dejaria de ir á Castilla, porque harta gente tenia para cumplir su navegacion, y que él y sus portugueses serian bien castigados por haberle he chotado malvada obra contra derecho de las gentes

y toda razon. Entonces, respondió el Capitan de los portugueses: "No cognoscemos acá al rey ó reina de Castilla, ni sus cartas, ni le habían miedo, antes les darian á entender qué cosa era Portugal," quasi amenazando.

Desto tuvo el Almirante gran sentimiento sospechando si se habían rompido las paces, ó hobiese habido algún alboroto ó daños entre ambos los reinos, después del, para este descubrimiento, partido; él les respondió á estas vanas y soberbias palabras, en servicio de sus Reyes, lo que le pareció responderles. Tornó el Capitan otra vez á levantarse desde algo más lejos, y dijo al Almirante que fuese con la carabela al puerto, y que todo lo que él hacia y había hecho, el Rey su señor se lo había enviado á mandar que lo hiciese; desto hizo el Almirante á todos los de la carabela testigos. Añadió el Almirante al Capitan y á todos ellos, que les daba su fé y palabra, como quien era, que no saldria de la carabela hasta que llevase un ciento de portugueses á Castilla presos, y que en cuanto pudiese trabajase de despoblar aquella isla; y con esto se volvió el Almirante á surgir en el puerto donde estaba primero, porque el tiempo y viento era muy áspero y contrario para hacer otra cosa.

#### CAPITULO LXXII.

\*Dirígese el Almirante á la isla de Sant Miguel.

Torna á la de Sancta Maria.—Exígesele que muestre poder de los Reyes de Castilla.—Recobra su gente.

Mandó aderezar el navío y hinchar las pipas vacías de agua de la mar, en lugar de piedra, que apesgasen el navío, que los marineros llaman lastre, porque es muy peligrosa cosa no estar la nao apesgada de lastre, porque á cada paso se puede y está en peligro de se trastornar; y desayudábale mucho estar en muy mal puerto, donde temió mucho que se le cortasen las amarras ó cables, que son las maromas, con que están atadas las anclas, y en fin así se le cortaron, y, constrenido desta necesidad, dió la vela, miércoles, á 20 de Febrero, la vuelta de la isla de Sant Miguel, para buscar algún puerto donde se pudiese algo mejor reparar del viento y mar que hacia, puesto que en todas aquellas islas de los Azóres no lo hay bueno, y el mayor remedio que

hay es huir de la tierra á la mar, malo ó bueno que sea el navío, si no es tan malo que hayan por fuerza de sabordar en tierra, que es dar con el navío en tierra para salvarse el que pudiere. Y esto es muy peligroso para donde hay peñas, y, ya que no las haya, no suele escapar el que no sabe nadar, porque, si el navío es grande, no puede llegarse á tierra ménos de un estado, y dos, y tres, y poco ménos, comunmente; así que anduvo todo aquel miércoles, todo el día hasta la noche, con gran viento y gran mar, y ni pudo ver la tierra de donde había salido ni la otra de Sant Miguel que iba á buscar, que está de la isla de Sancta María obra de 12 leguas, por la gran niebla y cerrazón que había, que causaba la espesura del terrible viento. Iba el Almirante, según él aquí dice, con harta poco placer, porque no tenía sino tres marineros que supiesen de la mar, como quedaban todos los demás en la dicha isla de Sancta María, y los que allí demás traían eran gente de tierra; está toda aquella noche á la corda, que es, las velas tendidas pero vuelven de tal manera el navío, como de esquina, al viento, que no puede andar, y en esto trabaja mucho el navío, y la gente padece mucho trabajo, en especial la gente de tierra no acostumbrada á andar por la mar. Padeció esta noche gran tormenta y peligro, por las dichas causas de mar y viento, y andar á la corda; dice que en esto le hizo Nuestro Señor mucha merced, que la mar ó las olas della venían por sola una parte, porque si cruzaran de una parte y otra, como las pasadas, muy mayor peligro y daño padeciera.

Después del sol salido, otro día, jueves, visto que no parecía la isla de Sant Miguel, acordó tornarse á la de Sancta María, por ver si podía cobrar su gente y la barca, y las anclas y amarras que allí había dejado y se le habían rotpido, y, cierto, él andaba á muy gran riesgo faltándole la barca y las anclas, porque faltar la barca es gran peligro para tomar agua y otras cosas de tierra, y no pueden hacer, aún en la mar, alguna cosa sin ella, y para escaparse en ella cuando el navío se pierde; y sin las anclas no pueden llegarse á tierra ni tomar puerto, por ocasión de lo cual, se les ofrecen multitud y diversidad de peligros, muy propienciosos á perecer. Maravillase el Almirante de ver tan grandes y tan frecuentes tormentas y malos tiempos por aquellas islas y partes de los Azores, mayormente habiendo gozado todo aquel invierno, en

las Indias, de tan suaves aires y tiempos, y siempre sin surgir ó echar anclas, sino de cuando en cuando, y una sola hora no vido la mar que no pudiesen andar por ella en una artesa; lo mismo le acaeció cuando iba á descubrir, hasta las islas de Canaria, que tuvo gran trabajo de mar y vientos, pero, después de pasadas, siempre tuvo la mar y los vientos de maravillosa suavidad y templanza. Miró que, como arriba se dijo en el capítulo 37, lo que temían los marineros era, que no habían de hallar vientos para volverse, según la suavidad y blandura y continuación, siempre para el Poniente, de las brisas; y al cabo concluye aquí el Almirante, que bien dijeron los sacros teólogos y los sábios filósofos, que el paraíso terrenal está en el fin de Oriente, porque es lugar temperatísimo, así que, a estas tierras que él había descubierto, dice él, es el fin del Oriente.

Surgió, pues, en la isla de Sancta María, en el puerto de ántes, el mismo jueves, y vino luego á la costa de la mar un hombre y comenzó á capear, desde unas peñas, diciendo que no se fuesen de allí, y desde á poco vino la barca con cinco marineros, y dos clérigos, y un escribano, los cuales pidieron seguro. Dado por el Almirante, subieron á la carabela, y, porque era noche, durmieron allí, á los cuales el Almirante hizo la honra y buen acogimiento que pudo; á la mañana, le requirieron que les mostrase poder de los reyes de Castilla, para que á ellos constase, como, con poder Real, habían hecho aquel viaje. Sintió el Almirante hacer aquello para dar color y excusarse de la vileza que le habían hecho, como que tuvieron causa y razón para hacerlo, puesto que ellos no pretendían sino haber al Almirante á las manos, porque así se lo debía de haber mandado su rey de Portugal, pues vinieron con la barca armada, sino que conocieron que no les fuera bien dello porque el Almirante estuvo bien sobre aviso. Finalmente, por cobrar su gente y la barca, hobo de disimular y sufrir á mostrarles la carta general del Rey y de la Reina, que llevaba para todos los Príncipes y señores, de recomendación donde quiera que llegase, y otras provisiones reales, y dióles de lo que tenía y fuéronse á tierra contentos; luego libertaron toda la gente y la enviaron con la barca á la carabela, de los cuales supo el Almirante que dieran mucho por prenderle, y, si lo prendieran, nunca, por ventura, se viera en libertad; y esto, dijo el Capitan de aquella

isla, que así se lo había mandado el rey de Portugal, su señor. Comenzó á bonanzar la tormenta del tiempo, alzó las anclas y fué á rodear la isla para buscar algún abrigo y surgidero para tomar leña y piedra para lastrar y apesgar la carebela, y no pudo tomar surgidero hasta hora de completas, sábado, y, surgido, porque la mar era muy alterada y brava, no pudo llegar la barca á

## CAPITULO LXXIII.

\* Continúa su viaje el Almirante.—Tormentas que experimentó.—Desembarca en Portugal.

Domingo, 24 de Febrero, al rendir de la primera vela ó guardia, que es cerca de la media noche, comenzó á ventear gieste y Sudueste, vecinos y mensajeros de Sur, el cual es mucho peligroso en aquellas islas, si le esperan los navíos las anclas echadas, por esto mandó levantarlas y tender las velas; y, cognosciendo que le hacia tiempo, acordó de poner la proa en el camino de Castilla, y dejando de se proveer de leña y de piedra por ahorrar tiempo, y así mandó gobernar á la vía del leste. Anduvo esta noche, hasta salido el sol, lunes, que serían seis horas y media, 7 millas por hora, que fueron 45 millas y media, y hasta la noche á 6 millas por hora, que montaron 28 leguas. Lunes, con la noche pasada, navegó 32 leguas, con la mar llana, por lo cual daba gracias á Dios. Vinole á la carabela una ave muy grande que juzgó el Almirante parecer águila. El martes, con la noche pasada, que comenzó después del sol puesto, navegó á su camino al leste, la mar llana, de que daba muchas gracias á Dios; anduvo 33 leguas, con algunos aguaceros, algo volviendo al leste, dos vientos ménos, que se llama la media partida por los marineros. El miércoles y jueves, 27 y 28 de Febrero, anduvo fuera de camino á una parte y á otra por los vientos que le ocurrieron contrarios; comenzó á tener gran mar y mucho trabajo, y apropiándosele más cuanto más se acercaba á Castilla. Hallábase del cabo de Sant Vicente 125 leguas, y 80 de la isla de la Madera, y 106 de la de Sancta María, de donde había partido. Viérnes, 1.º de Marzo, con la noche pasada, anduvo al leste, cuarta del Nordeste, que casi era su vía, 35 leguas. El sábado, con la noche pasada, corrió 48 leguas, porque se comenzaba la

mar y el viento á arreciar. Sábado, en la noche, vino una grande y súbita turbada, ó golpe de tempestad, que le rompió todas las velas, por lo cual se vido él y todos en grande peligro de perderse, mas Dios los quiso librar, como dice en su navegacion.

Echó suertes para enviar un romero á Sancta María de la Cinta, que es una casa devota con quien los marineros tienen devoción, que está en la villa de Huelva, y cayó la suerte sobre el Almirante, como solía. No parece sino que andaba Dios tras él, dándole á entender que por él hacia todas aquellas tormentas, para humillarle y que no tuviese presunción de sí mismo, ni atribuyese algo de todo lo que había descubierto, y gran hazaña, que mediante Dios, hecho había, sino que todo lo refiriese á aquel grande y poderoso Dios, que lo había escogido por ministro é instrumento para obra, tan nunca otra tan grande y señalada, ni vista ni oída, que hombre temporalmente hiciese, mostrando al mundo otro mundo, para que el mundo también, estimando ser sólo, no se desvaneciese. Y es cierto que cada vez que estas cosas me paro á pensar, que es con mucha frecuencia, yo no me acabo ni harto de admirar, así como ni de, á su egregia y singularísima obra, atribuir encarecimiento; tampoco de considerar los inmensos é intolerables trabajos, y diversa multitud frequentísima de angustias y aflicciones que, desde que comenzó á intentar este descubrimiento, á este varon se ofrecieron y siempre padeció hasta que los dejó con la vida.

Tornando al cuento de su camino, esta noche, domingo, creció tanto la deshecha y espantosa tormenta de mar y de viento, que tuvo por casi cierto que ni él, ni hombre de los que con él iban, escapará para llevar las nuevas. Venían las mares altísimas de dos partes, y los vientos con tan terrible ímpetu y vehemencia, que parecía que levantaban la carabela sobre los aires. Aflijían también la mucha agua que del cielo caía, y los temerosísimos truenos y relámpagos, pero, como dice, plugo á Nuestro Señor de lo sostener. Anduvo con estos peligros y temores de cada hora se perder, á árbol seco sin velas, donde la mar y el viento los echaban, hasta la media noche que Dios los consoló con ver los marineros, que, aunque de noche y oscura grande, vieron tierra; entonces, por huir della, que es gran peligro de noche estar cerca de tierra, mandó dar el papabigo, que es un poco de vela, por desviarse y andar algo,